

R i n

-¡Oh, sí! ¡los adultos siempre tienen razón! ¡por qué ellos son más... más... más fuertes!

¿Acaso por ser un niño me equivocaba?, ¿Mi visión del mundo era tan despreciable? ¿Por qué razón nunca los he llegado a comprender?... ¡Que gilipollas somos a veces! Je, Je, Je, ... cuando pienso que la ira me sobreviene al recordar estas cosas no me queda otro remedio que reirme, reirme... Je, Je, Je... de la forma más estúpida. Tal vez toda mi vida he sido un imbécil... Ja, Ja, Ja,... Ja, Ja, Ja,... ¿Pero quien está seguro de algo en esta vida? ¿Quién puede ofrecer a quién un camino, una ilusión? ¿Y quién es el torpe imbécil que se presta a seguir la ilusa realidad de otro?... ¿Acaso hay alguien que no sea estúpido a los ojos de otro animal? Toda la ira que siento los lunes al levantarme tal vez es una reacción ante el ridículo, un amenazador mostrarle los dientes a un día diferente.

Es complicado el mecanismo que ahora me lleva a experimentar la primera sensación de acongojo de pánico ante la mirada de la gente, de todos, incluidos los que consideraba compañeros y amigos:

Fue un lunes, el recreo había finalizado y me encontraba abrumado a la vez que excitado (posiblemente por la represión y censura a la que debía someter mis instintos y emociones), mantenía un absurdo juego de voces, sonrisas y roces con mi compañero de pupitre. Y así, de improviso, sin esperarlo, alguien a mis espaldas me propinó una tremenda bofetada, un estruendoso tortazo. Inmediatamente un silencio se hizo en el aula, luego reparé también en el escozor de unas grandes huellas que palpitaban en mi ardiente rostro y deduje que quién me había proporcionado el golpe era el profesor. Esta impresión me había salido de mi cerebro cuando una extraña sensación me

paralizó totalmente. Aquella sonora bofetada sorprendió profundamente mi "ego", mi orgullo. Se desvanecieron las fuerzas de todo el cuerpo, las extremidades temblaban inapreciablemente y noté flojear hasta el último esfínter. ¡Si!, habían sorprendido mi orgullo y me fui, lenta, calidamente mientras un hedor ascendía de forma burlesca hasta mi olfato haciéndome sonrojar y sentía una masa gelatinosa que en sentido descendente acariciaba morvosamente la cara posterior de mis rodillas y comenzaba a supurar por los extremos del pantalón manchado de un marrón pestilente. La liviana tela de las zapatillas... ¡me había cagado allí mismo! ¡de pié, entre decenas de miradas serias donde comenzaban a azorar burlonas sonrisas, en el centro de la atención de todo el mundo. Me había cagado y unas lágrimas brotaban generosas, temblorosas, hirvientes, en las esquinas de mis ojos.

Entre un mar de carcajadas y la bronca voz del profesor corrí avergonzado de forma muy penosa al exterior de aquel calumnioso infierno, con sumo cuidado descendí varios escalones e intenté correr de nuevo a lo largo de un estrecho pasillo hacia el blanco anagrama W.C. que una puerta de color verde negruzco ostentaba en su mitad superior a modo de pendón. Una vez dentro de aquel recinto, sequé con decisión mis lágrimas, apreté tanto los dientes que la rabia pareció querer partirlos en diminutas y punzantes piedras de amargo sabor. Me sentí libre de un peso asfixiante, por vez primera experimentaba en extremo la intimidad, el instinto de protección que nos guía hacia la soledad, lo embriagante que resultaba sentirme ignorado en momentos tan delicados como lo era aquel. Me aseé pausadamente frotando con energía todas mis prendas, rascando con mis uñas unas gotas nauseabundas por donde la mierda había traspasado el grueso tejido del pantalón. Utilicé un rollo de papel higiénico para secarme las piernas y el culo. Tantas veces refregué mi ano que lo noté escocido... Pasó un rato, el eco del propio movimiento en el silencio se convierte en una melodía sedante y con el tiempo en una necesidad esencial.

Deliberadamente me sorprendí ante el espejo, mirándome (¡así!) inmóvil, sin hacer, sin pensar nada y supe que el miedo me retenía, una sensación de culpabilidad giró su índice señalándome, me pareció que decrecía, que me hacía pequeño, tan pequeño como las diminutas partículas de polvo que al trasluz lo invadían todo. Sólo me retenía en aquel lugar, entre aquellas paredes, entre el hedor de aquel pestilente recinto -tal vez mi propio y repugnante olor- el miedo. Tenía pánico de la reacción de mis compañeros, de la del profesor, de la de mis padres al enterarse, terror del que pensarán los demás, del ineludible retorno, de ese que pensarán todas esas mentes retorcidas al volverme a ver de nuevo tras un estúpido despiste que hoy considero... "natural"

(Continuará)

Jesús Zamora

23

